

Del fanatismo a la pérdida del yo

Por Gabriel Antonio Escobar

Insertos en la desgracia, el caso, 914 decesos percibidos en el amanecer de la decadencia, el motivo, la personificación de una de las muchas tragedias desatadas por una secta apocalíptica, el lugar, Uganda, África, donde en un ritual asesino del grupo Movimiento por la Restauración de los Diez Mandamientos de Dios se induce a una macabra muerte masiva. Los precedentes son numerosos: Waco, Texas, en 1993, 888 víctimas; Vietnam, en el mismo año, medio centenar de personas se autoinmolan bajo un supuesto mandato divino; Suiza, en 1994, 48 cuerpos abrazados de la secta Templo Solar y más casos del fanatismo de esta misma organización en Canadá y en los Alpes franceses en 1995. Ninguna geografía queda exenta de la irracionalidad del delirio místico.

De esta manera, un santurrón con porte se sube a la palestra de los elegidos y habla con palabras de convencimiento; frente a él, una muchedumbre crédula, ávida del aprender un absoluto, con espasmos en sus ojos, al tiempo de proyectar la sinuosa estupidez del porvenir de una salvación, se somete a la idea de enaltecimiento, a las frases mesiánicas y al llamado de la purificación. Listeza equívoca, el pandemonio organizado, todos como ninfómanas sedientas de placer comparten una común ideología al trazar una línea ensangrentada, violenta. Mientras, desde el cielo se observan los dedos apuntando hacia aquel que llaman su redentor, el iluminado.



Esta es la vieja tendencia, el camino fácil para pertenecer a un razonamiento concluido; lo que sigue es la acción de adoctrinar al resto del mundo y la purulencia tiende a extenderse como marea a la playa. Por un lado, los grandes llaman a los débiles con el propósito de integrarlos a sus ejércitos-rebaños de vanidad; los que están fuera son los malvados, por otro, farsantes expeditos anuncian la llegada de los ángeles venideros y con ello ciertos éxtasis recorren justamente la agonía y la desesperación se vuelve su forma de vida: sólo escuchan y obedecen su determinismo, disfunción pética, el primer llanto por reconocimiento, aquí en la cima de la desilusión, ya que la gratuidad es inexistente, sucede en una economía de la salvación en la deificación de la razón, la razón instrumentada.

Desgastado ya está el mundo al ver siempre que, en el mejor de los casos, la masa tectónica del humano sobrepasa la vacilación, el asombro y la exasperación se encamina sólo a construcción de ciertas infecciones, usufructuando la realidad de su ahí-estar. Las grandes religiones, los famosos pensamientos hacen e hicieron padecer, desde todos los tiempos, la arcaica tendencia, la penetración del engaño, la verdad provisional. Iluminar en la caverna de Platón y liberar la condición humana sufriente.

Explicándome los motivos de esta inclinación mantuve el respiro de olores fétidos emanados de la concepción cristiana del hombre y supuse que la vida en la tierra no está más allá de los artificios contingentes y despilfarrados sobre todo el territorio mundanal, es decir, el ámbito de la idea de existencialismo se desgaja en pequeños destructos. Esto, debido a las enormes creaciones racionales, así como técnicas que superponen nuestra acción, nuestra elección. La sagacidad se impacienta aún más inclusive se encierra en su capullo, esperando algún día, si es posible, salir y continuar con sus estruendos emancipatorios. Estamos inmersos en la atmósfera temible del fanatismo.



El proceso imperturbable de deshumanización está deviniendo más profundo y las ciencias comparten su flujo de selección artificial, en otras palabras, la crisis de la razón es por demás mencionarla cuando entre dos gigantes se encuentran la decepción, el hambre crónica se come a los niños y éstos caen sobre submundos, donde habita una vida sórdida y agonizante, que cuando se pisa se le da su pseudo-existencia. La corrupción mental sucumbe ante el deseo de poder y reconocimiento, las guerras y los terroristas, mientras la voluntad encadena sus posibilidades en la férrea gama de depravaciones: el fin de la historia es el fin de las ilusiones, pues vivimos en la inconsciencia de la fantasía, en la amnesia de la historia.

Es un mundo extraño para aquellos que de las entrañas de un pensamiento imperturbable soñaron con la emancipación, no obstante en éste, un mundo común y objetivo, atestado de certeza y miles de absolutos, el sujeto ha perdido, el “yoísmo” enclaustrado en un ambiente esclavista. ¡Estamos encerrados! ¿Por dónde escapar?. Seguimos creciendo sobre suelos de concreto que atraen nuestra cabeza para impactarse en él, producto del atrofismo sapiens al encaminado a las expectativas egoístas de un planeta evolucionado.

Es la llegada del vacío; después de la existencia, nada. La defensa desenfadada y exagerada de una idea convertida en discurso, de una posición determinada ante la realidad social, cultural, contextual o simplemente personal se desarrolla en una actitud que merece una condena cuando produce junto con ella una ferviente imposición, cuando intenta una supresión de la libertad y rechaza abiertamente la racionalidad: la intolerancia se hace presente.

Conozcamos pues al fanático, tanto para en aquellos momentos donde nos persigan las miradas por acaecer en su persona, como cuando estemos inmersos en reflexiones a efecto de llamar a los otros de esta manera. El fan, palabra de donde proviene también fanal. Fanático es quien se



presume elegido, iluminado por la verdad y a la vez profeta de los seleccionados.

Con derecho a imponer esa verdad a todo el mundo y a cualquier precio, por cualquier medio. ¡Qué patético! Y, sin embargo, ignorante de la tolerancia usa la violencia física o moral para desprender su decir.

No sólo la religión es fuente de extensos fanatismos, también teorías políticas y económicas, como el marxismo y el nacional socialismo, en este último miles de alemanes ardían en deseos de vengarse por la derrota de 1914-1918 o, más concretamente, por la injusticia del tratado de Versalles en sus condiciones materiales y sobre todo en su exigencia de que el gobierno alemán aceptara toda responsabilidad por el desencadenamiento de la guerra, por ello es sabido que las atrocidades reales o supuestas pueden ser el botafuego del furor y la vindicta más intensos, Hitler supuso eso, en cuyo nombre en el siglo XX se asesinaron y se mantuvo en la miseria a millones de seres humanos; qué decir frente a esto, un silencio profundo recorre el mundo. Aun la democracia y la libertad se han convertido en bandera de atacar y matar con excusa de imponerlas.

En fin, las operaciones cerebrales, los claustros psiquiátricos, las higienes étnicas, las torturas, Hiroshima y Nagasaki, Auschwitz, Gulag, y los aprendices de brujos de genética, tienen todos el signo de la ciencia, la certeza y la objetividad.

Los grandes crímenes justificados por la razón instrumentada. Nos hemos perdido en el limbo de la violencia, pues ésta se ha vestido de un placer redentor. Seguimos siendo unos Heautontimoroumenos, los verdugos de nuestra propia cabeza, líderes de nuestra destrucción.

